

R. Política mundial - 1955-1961  
R. Argentina - Política económica -  
ca - 1955-1961



Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

ROGELIO FRIGERIO

CCH.V.e.2.b'  
BC.XVII.i.2.b'9'

B. 19456

# NACIONALISMO

potencias industriales  
y subdesarrollo

EDITORIAL CONCORDIA S. R. L.

Defensa 570 - Buenos Aires



~~BIBLIOTECA DE LA UNAM~~

|                 |       |
|-----------------|-------|
| Nº. DE REGISTRO | 98443 |
| CONCEPTO        | 10.2  |
| Nº. DE ENCUAD.  |       |

~~25/9/61~~

200767



## PREFACIO

*SE reúnen aquí, bajo el título común de Nacionalismo, potencias industriales y subdesarrollo, dos trabajos de índole diversa y, no obstante, concurrentes.*

*En el primero se analizan los factores que actúan en las relaciones de los países subdesarrollados con las potencias industriales, y de éstas entre sí, polarizadas como se hallan en dos campos: el llamado sector de los países occidentales y el de los países socialistas.*

*En el segundo capítulo se tratan las tendencias ideológicas en el seno de las comunidades que responden a la gran clasificación genérica de países subdesarrollados, donde lo característico de la lucha es la acción del pueblo por afirmar la soberanía política y la independencia eco-*

nómica. En estos países, las corrientes nacionales o nacionalistas son examinadas según su contenido, advirtiendo la diferencia entre el nacionalismo de fines nacionales —es decir, de objetivos mensurables de liberación nacional— y el nacionalismo declamatorio, que está dispuesto a renunciar a estos fines, cuando los medios que se empleen en la lucha no sean medios nacionalistas “químicamente puros”.

No se trata de trabajos totalmente inéditos, pues ambos constituyen materiales parcialmente utilizados en artículos y conferencias; “Cuba y Argentina: dos alternativas frente al problema común del subdesarrollo” acaba de aparecer editado en Washington. El mérito de los mismos —si alguno tienen— consiste en que ambos ensayos integran una exposición coherente de la tesis sobre la lucha contra el subdesarrollo y por la autodeterminación nacional, en las condiciones particulares de América latina y, específicamente, de nuestro país en la hora actual.

La soberanía de un país resulta de la

presencia de dos fuerzas que requieren ser aplicadas en un momento dado de su historia. Esta circunstancia aparece cuando el desarrollo de sus fuerzas materiales exige la liberación de las ataduras que los factores externos imponen a la expansión de su proceso productivo.

En el caso de nuestro país, hemos señalado con reiterada insistencia el carácter de esas fuerzas, así como determinado sus componentes. La primera de ellas está compuesta por todos los elementos internos cuyas partes esenciales son los empresarios —industriales y agrarios— y los trabajadores. La segunda depende de los elementos económico-financieros exteriores cuya hegemonía está determinando, por oposición, el potente desenvolvimiento de las corrientes de liberación nacional.

En una reciente gira por el continente hemos tenido la oportunidad de insistir, desde diversas tribunas, en los temas debatidos permanentemente entre nosotros, con el fin de esclarecer la formación del frente nacional.

Desde el libro, el folleto, los artículos

*periodísticos y las conferencias, hemos tratado, de contribuir a la formación de ese criterio, como una manera de proceder a la constitución definitiva de la fuerza nacional necesaria para llevar a cabo, con éxito, los anhelos de soberanía y bienestar que yacen, bajo las múltiples banderías, en las masas profundas de nuestro pueblo.*

*Con respecto a las fuerzas exteriores, no fueron muchas las oportunidades que tuvimos para someterlas a nuestro análisis en el lugar en que ejercen su acción y mantienen su vigencia. Si bien es cierto que con frecuencia las agencias noticiosas internacionales, los grandes rotativos del continente, las universidades nos honraron cediéndonos sus tribunas, desde las cuales pudimos hacer conocer nuestro pensamiento al respecto, sólo excepcionalmente nos fue posible sintetizar, como en la presente ocasión, el sistema de ideas de la posición nacional y popular que da bases a nuestra tesis.*

*Hemos abordado las perspectivas económico-sociales de un país subdesarrolla-*

*do en relación con los países altamente desarrollados. Procedimos a establecer los términos en que se vinculan los elementos constitutivos de unos y otros países, en función de esas coordenadas del plano interno y del plano internacional, y destacamos las mutuas interrelaciones que, en los períodos históricos como el que vivimos, llevan a la superación de los antagonismos existentes.*

*Así, cuando nos reducimos al ejemplo de los países americanos, aplicamos al análisis las leyes generales del desarrollo económico que se cumplen en esta época en cualquier país.*

*Por otra parte, hemos considerado sistemáticamente las tendencias en pugna en el seno de las naciones subdesarrolladas, que están movidas por factores económicos y por diferencias sociales, mostrando cómo frecuentemente éstas son superadas en función de las necesidades de cohesión nacional lograda en oposición a la presencia del factor externo.*

*Finalmente, encarecemos indulgencia al lector por el plano necesariamente teórico*

*en que hubimos de desenvolver la exposición en algunos pasajes. Ello se debe, más que a ninguna otra cosa, a la índole del asunto tratado. Creemos, sin embargo, que es imprescindible que los dirigentes sindicales, empresarios y políticos se aboquen al estudio y debate de los problemas que, no siendo específicos de ninguna de las actividades particulares en que desenvuelven su acción, deben, no obstante, ser analizados exhaustivamente. Pues del acierto con que se los resuelva dependerá el ritmo de avance en el camino de la grandeza de la Nación y la felicidad mensurable del pueblo.*

ROGELIO FRIGERIO

CCH.V.d.6  
- CCH.V.e.  
200767



## CUBA O ARGENTINA

Dos alternativas para un  
problema común:

EL SUBDESARROLLO



PROLOGO  
a la edición norteamericana

CON motivo de algunas declaraciones mías a periódicos americanos he recibido numerosos pedidos de conferencias y artículos sobre la cuestión que ponía en debate.

Considero que son dos los factores de esta repercusión que, como extranjero, la hallé sumamente inusitada. Primero, que el tema del subdesarrollo interesa tanto al público de los países directamente afectados —latinoamericano, africano o asiático— como al público de la nación que ostenta el más poderoso desenvolvimiento industrial.

El segundo factor es de carácter psicológico, aunque también tiene su sustento técnico-económico. Se apoya en el extraordinario apogeo alcanzado por la técni-

ca, que se manifiesta, en este caso, en el nivel de eficiencia con que se realizan las comunicaciones en este país. A pocas horas de haber aparecido el editorial de "The New York Times", llamadas telefónicas desde los más diversos puntos del país—algunos tan distantes como Los Angeles, Miami y Chicago—solicitando, directamente o a través de la embajada argentina, toda clase de informes y aclaraciones acerca del tema tratado y del autor de la tesis.

Sin embargo, la reacción no fue unilateral y, así como la mayoría deseaba cambiar opiniones y trataba de proyectar a la faz práctica esas proposiciones, no faltaron quienes expusieron sin cortapisas sus ideas francamente contrarias a las mías. Esto revela sobre todo la magnífica capacidad comunicativa del pueblo norteamericano, expresión de su profundo sentido práctico y de su idoneidad para la empresa.

A estas circunstancias obedece el propósito de aproximar al público estadounidense un breve compendio de varios es-

critos y conferencias, en los que desarrollé el criterio de que la superación del subdesarrollo no es un problema que interese solamente a los países económicamente sumergidos, sino que, por el contrario, es de vital importancia para las potencias industriales. En ese sentido existe objetivamente un punto de coincidencia que permite la promoción de intereses totalmente recíprocos para ambos. En efecto, lo que para nuestros países subdesarrollados es necesidad de autonomía económica y de elevación de niveles de vida, para los otros es impostergable ampliación de mercados, orden y vigencia de la ley jurídica.

Estoy seguro de que el lector podrá observar conmigo que, bajo el aparente caos actual y a pesar de los profundos antagonismos sociales, nacionales e internacionales, subyace un proceso de certera tendencia a la superación de los conflictos y a la integración. Así es cómo en los países donde el problema nacional es el eje, las contradicciones entre los trabajadores y los empresarios se subordinan frecuentemente al interés superior de la unidad nacional

*estimulada por la presencia del factor externo.*

*Entre estos países y los de completo desarrollo industrial —como apunté más arriba— el hecho más característico es el de la mutua necesidad de promover el intercambio y la cooperación internacional para lograr desenvolver en los pueblos de escaso desarrollo tendencias a la autonomía económica y a la consiguiente ampliación del mercado interno, con condiciones financieras que posibiliten relaciones de comercio fluido, con clientes solventes y políticamente solidarios.*

*Finalmente, las dos soluciones anteriores son requisito para enfrentar con éxito en el terreno económico una lucha que, debido a la pavorosa capacidad destructiva de las armas nucleares, será el campo donde se diriman en última instancia las diferencias y rivalidades. Para este tipo de lucha, la existencia de áreas atrasadas y con altas tensiones sociales es, evidentemente, la peor aliada y resulta urgente transformar ese hecho a favor de las nuevas perspectivas.*

*El relieve alcanzado en el mundo por las nacionalidades que luchan por emerger en medio de grandes dificultades y la circunstancia de que en los Estados Unidos asciende al poder un hombre joven, John Kennedy, correligionario de Franklin Delano Roosevelt, contribuyen a reforzar la esperanza de que los nuevos problemas van a ser examinados con nuevos criterios, sin la carga perniciosa de la rutina y de los prejuicios políticos.*

*Si las páginas que siguen pudieran servir de alguna manera para advertir la urgencia que hay que poner en la adopción de medidas orgánicas contra un mal que mantiene legítimas tensiones sociales en gran parte de la geografía moderna, tendríamos un motivo menos de inquietud por la publicación apresurada del presente trabajo.*

R. F.



## Relaciones entre las Naciones no Comunistas

ES necesario, ante todo, renunciar al papel de guardianes del *statu quo* y partir del reconocimiento de los profundos cambios que están transformando rápidamente al mundo en nuestra generación. Estos cambios, acelerados por los avances de la ciencia y la técnica modernas —desde el átomo hasta el cosmos—, por las fuerzas del nacionalismo, por el explosivo aumento de la población mundial y por una drástica reestructuración de las relaciones económicas y políticas, no pueden ser contenidos.”

### U.R.S.S. y la Europa Oriental \*

\* United States Foreign Policy  
• A study prepared at the request of the Committee on Foreign Relations, United States Senate, by a Columbia Harvard Research Group under the administration of Columbia University N° 11, Washington D.C., USGPO, February 14, 1960, p. 75.

DESDE el punto de vista económico, el mundo moderno es una colosal máquina productora de bienes que produce cada día con menos esfuerzo, con mayor economía, con más alta calidad. Existen aún dentro de ese mecanismo de producción (capitalista o comunista) grandes desigualdades económicas y tecnológicas. Unos países producen más de lo que son capaces de consumir. Otros producen mucho menos de lo que consumen y consumen mucho menos de lo que potencialmente podrían producir. Esta es la diferencia entre países desarrollados y países subdesarrollados; la división científica del mundo moderno, la que caracteriza a nuestro tiempo con abstracción y por encima de las diferencias de tipo ideo-

lógico y político. Nada tiene que ver este problema práctico y de vigencia y alcances universales con la disputa ideológica que se expresa en el enfrentamiento de dos bloques en que actualmente se bipolariza la política internacional. La tarea común de los pueblos es proveer a las necesidades técnico-económicas del mundo subdesarrollado. No es éste un imperativo ético solamente, sino una necesidad inexorable, tanto de los países desarrollados como de los países que aspiran a serlo. Para los primeros —es decir para las naciones altamente industrializadas—, porque si no expanden sus mercados, las crisis de sus economías los llevarán al estancamiento primero, y luego a la ruina inevitable. Para los segundos, porque solamente su propio desarrollo les dará la capacidad de lograr la autonomía económica que es indivisible de los altos niveles de vida, de trabajo y de cultura para su población. El mundo occidental debe comprender con dramática urgencia esta necesidad, porque en historia no hay vacíos que perduren.

## CUBA: Un país pequeño.

**N**O creo equivocarme al apreciar que entre el cúmulo de problemas que preocupan al pueblo norteamericano y, en general, a todos los países del mundo occidental en este momento, el episodio de Cuba ocupa un lugar destacado. Sin embargo, Cuba no es una potencia de primera magnitud ni está en condiciones de someter o debilitar a nadie por medio de sus muy limitadas fuerzas. Su importancia geográfica es tan reducida como su pequeña población. Es, apenas, una nación subdesarrollada cuya economía acusa los graves caracteres del monocultivo. Cuba interesa y preocupa porque resulta la piedra de toque que sirve para que ustedes, norteamericanos, ciudadanos de la nación líder de una determinada concepción de vida y

nosotros, latinoamericanos, ciudadanos de países subdesarrollados, enrolados en la misma concepción de vida, confrontemos cuál es la vigencia de esa filosofía ante la dura y dramática prueba que la misma afronta. Quien esto escribe es un argentino que tiene una parte no despreciable de la responsabilidad por el camino elegido por su país para salir del subdesarrollo, transformando su estructura económica **sin quebrantar, sino robustecer, la ley jurídica y observando la ley económica.** Nuestra firme convicción de que toda destrucción es onerosa y casi seguramente irreparable, nos aleja totalmente de la posibilidad de alentar estallidos como el cubano. Al formular esta afirmación dejo de lado deliberadamente los motivos éticos que nos llevan a la misma conclusión. Quiero que esta exposición tenga un carácter absolutamente objetivo para que a la luz de ese rigor analítico procuremos una respuesta convincente a este interrogante: ¿Por qué Cuba eligió el camino de la violencia, el que la separa de las naciones de

América y la obliga a un sacrificio irreparable por el avasallamiento de la norma jurídica y la anulación de la ley económica?

## El otro camino.

LOS argentinos somos titulares de “el otro camino”, como se ha llamado en este país al método seguido por el gobierno del presidente Frondizi, camino que aspiramos a recorrer en compañía de todas las naciones del continente. Ello nos obliga —por contraprueba— al examen de la alternativa cubana. Corresponde, en consecuencia, que estudiemos todo el problema del subdesarrollo en su conjunto sin dejarnos aprehender por la formalidad externa contradictoria y caótica.

En la Argentina hacemos lo contrario de lo que se hace en Cuba. Estamos construyendo sin destruir. Tratamos de conservar todo lo que es preservable, incluso muchas cosas con las que no estamos enteramente de acuerdo. Entendemos que el

patrimonio histórico de una nación no puede ser dilapidado o disminuido sin causar graves perjuicios a su pueblo y a la comunidad de las naciones. Un solo bien que se destruye no se reemplaza sin onerosos sacrificios. Por eso hemos respetado y aplicado nuestras leyes, las buenas y las malas. Por eso hemos respetado nuestros compromisos internacionales, aun aquellos contraídos por gobiernos anteriores y con los cuales disintimos en oportunidad de su concertación. Creemos que la continuidad jurídica de un Estado es un requisito indispensable de su integración en la comunidad civilizada, superior a las convivencias transitorias de los gobiernos. Hemos respetado los derechos adquiridos legítimamente y no nos hemos incautado de la propiedad ajena; antes bien, se ha observado y hecho observar el respeto por la propiedad privada. Dimos leyes de amnistía y de perdón para los que estaban sancionados o perseguidos por sus ideas políticas, porque entendemos que la enorme tarea de reconstrucción y progreso de nuestro país tiene que ser reali-

zada por todos los argentinos, por nuestros amigos y por nuestros adversarios.

Constituimos una nación de veinte millones de habitantes, con un considerable grado de cultura. Del ingreso nacional la mitad proviene de la industria, lo cual es un índice de que hemos alcanzado cierto nivel de desarrollo industrial, pues casi producimos todos los artículos de consumo de nuestra población. En cambio, importamos aproximadamente la mitad de la materia prima industrial y, en especial, la que utiliza esa industria de transformación, como ser hierro, productos siderúrgicos, productos químicos, etc., que casi en sus tres cuartas partes provienen del extranjero.

Mediante la enérgica y decidida política petrolera del gobierno constitucional, en 1961 nos autoabasteceremos de petróleo nacional, en contraste con la situación anterior a 1958, en que importábamos el 60 por ciento del petróleo que consumíamos. Ahora necesitamos capitales para desarrollar nuestros poderosos recursos hidroeléctricos, nuestra industria siderúrgica, la

construcción de caminos y la creación de la compleja industria química. De ese modo podremos tecnificar nuestro agro, proveer de materias primas a nuestra industria, mejorar nuestra balanza comercial y aumentar nuestra capacidad de compra en el exterior, ahora sumamente disminuída por el deterioro progresivo de los términos del intercambio.

## Objetivo Cero: El desarrollo.

**E**L Estado argentino tenía viejos pleitos con empresas privadas extranjeras, muchos de los cuales eran pleitos en los que el Estado no tenía, precisamente, menos razón que sus contrapartes. Sin embargo aceptamos un arreglo amistoso sobre la base de iniciar relaciones nuevas y fructíferas para nuestro país. Abrimos así las puertas de la Nación Argentina a la amplia colaboración del capital privado extranjero para la explotación de recursos naturales que yacían inexplorados, en gran parte por insuficiencia de recursos financieros internos.

Eliminamos los controles cambiarios, los reglamentos, subsidios y otras medidas que limitaban el libre juego de la ley económica. En una palabra, dimos las con-

diciones óptimas para la rehabilitación de una economía asfixiada por el exceso de intervención burocrática. Muchas de estas medidas de liberación produjeron un efecto que no dejamos, por supuesto, de prever: encarecimiento de materias primas importadas, elevación del costo de la vida de la población, inevitables sacrificios para la industria del consumo nacional. Pero estas medidas eran el paso previo que ulteriormente produciría el desarrollo y la expansión de la economía, la explotación intensiva de nuestros recursos naturales, el aumento de la producción industrial y agraria en altos niveles, nuevas fuentes de trabajo y superación efectiva y perdurable de las condiciones de vida del pueblo. No fue fácil la transición de una economía aparentemente estabilizada con recursos artificiales de tipo estatal a una economía que sin transición pasaba a la plena vigencia de los precios económicos, factor principal de su futura vigorización y ensanchamiento. La población consumidora, acostumbrada a pagar precios políticos logrados merced a los subsidios y al

control cambiario, lógicamente protestó contra un gobierno que saneaba las finanzas a costa del sacrificio de los consumidores. Fuimos atacados, acusados de entregar el patrimonio nacional a los monopolios extranjeros, de condenar al hambre a los trabajadores mientras aumentaban las ganancias de los ganaderos y de ciertos grandes industriales, de enriquecer a funcionarios con supuestos negociados con empresas extranjeras. Se nos tildó de fascistas, comunistas, peronistas y ladrones públicos, según las circunstancias y el color político del adversario. Hasta se elaboró toda una teoría, consistente en demostrar que estábamos sembrando el mal-estar social para justificar una revolución de tipo extremista que sería la consecuencia de las medidas impopulares del gobierno.

## Respeto a las normas jurídicas.

**P**OR nuestra parte, pensábamos —y lo seguimos pensando con más convicción aún— que es posible realizar una transformación profunda de la estructura económica y social de una nación sin apartarse de las normas jurídicas y republicanas y sin incurrir en atentados contra el derecho, la propiedad y la libertad del individuo. Es más, creemos que sólo respetando las normas de derecho que preservan, tanto a la persona humana como al patrimonio de nacionales y extranjeros, de las arbitrariedades del poder puede llevarse a cabo el cambio de la estructura económica sin que este cambio sea demasiado oneroso para nuestro pueblo. Preconizamos, en consecuencia, la solución pacífica de cualquier diferendo y procuramos ex-



preñar la solidaridad de intereses que son coincidentes, aunque en alguna oportunidad parezcan contradictorios. Apreciamos, tanto la vigencia de los valores eternos de la humanidad como los que se refieren al bienestar material, que sería desdeñable si se lo obtuviera con desmedro de la dignidad del hombre y/o de la soberanía de las naciones.

## Radiografía de América Latina.

SIN embargo, no incurrimos en la pueril idea de considerar fácil la tarea que ha emprendido el pueblo argentino. América latina se encuentra en la situación más difícil de su evolución económica. Esta circunstancia se puede atestiguar con la comprobación de los siguientes hechos que aparecen con mayor o menor fuerza en casi todos los países latinoamericanos:

1. La tasa de crecimiento de población (2.5 % anual) supera la del crecimiento del producto nacional bruto. Es decir que se observa un retroceso en los índices de ingreso nacional *per cápita*.
2. La relación de intercambio es cada vez más desfavorable a las econo-

mías latinoamericanas, dada la depredación de sus exportaciones tradicionales y el encarecimiento de sus importaciones.

3. Los mercados internacionales, para los productos de América latina, se encuentran restringidos por: a) la presión de los excedentes agrícolas de grandes países productores, como los Estados Unidos; b) las restricciones proteccionistas adoptadas por las naciones europeas en sus diversos arreglos de mercado común y sus preferencias para determinadas áreas extraeuropeas, excluida la América latina; c) las tarifas y restricciones cualitativas impuestas en los Estados Unidos a ciertas importaciones.
4. La falta de tecnificación en la producción agropecuaria —con la que se mantiene más de la mitad de la población de América latina— impide el aumento cuantitativo de la producción y eleva el costo de la

misma, con perjuicio para su capacidad competitiva en el mercado.

5. El estancamiento de la capacidad productiva de las industrias locales (falta de energía, maquinaria, técnicos) contrae la oferta y fomenta la inflación. El mercado interno está reducido a niveles insuficientes.

Estas condiciones no son accidentales ni pasajeras. Tienen carácter crónico y no se perciben signos de variación espontánea. Por el contrario, tienden a agravarse a medida que el comercio internacional se cierra en compartimientos estancos, en los cuales se protege artificialmente la producción propia. Es ilusorio pensar en soluciones políticas en el ámbito internacional. Los acuerdos de precios, las cuotas, la formación de stocks regulares, aunque eficaces en alguna medida son simples paliativos incapaces de modificar la inexorable ley económica.

## Aspiraciones de un continente.

AMERICA latina no puede confiar en una política que se basa puramente en concesiones de ese tipo. Aspira a resolver, de manera orgánica y permanente, sus problemas originados en el subdesarrollo. Durante siglos, y a través de dos guerras mundiales, sus pueblos han provisionado al mundo occidental y ha sido importante mercado para el capital y las manufacturas de los países industriales. Ha contribuído fundamentalmente al crecimiento y a la prosperidad de los países adelantados. El mundo del progreso y de la técnica se ha alimentado del esfuerzo y de las energías de los agricultores y los mineros del Nuevo Mundo. Ha llegado el momento de que América latina participe de los beneficios de esa civilización que ayudó a construir con

el sudor de sus millones de campesinos y de obreros. Requiere esa participación no como una dávida sino como un derecho. La exige y la cumplirá primordialmente con su propio trabajo. El proceso es históricamente inexorable y nadie podrá detenerlo. Lo que falta saber es solamente el grado de comprensión que hallará en los países industriales para que aquel objetivo pueda ser logrado. A este respecto conviene señalar —para apreciar las cosas en sus verdaderos términos— que la crisis del desarrollo de la América latina no afecta solamente a Latinoamérica. Es una crisis mundial que comprende tanto a los países atrasados como a los desarrollados. También estos últimos se encuentran ante una crisis que se irá agudizando y que está íntimamente vinculada con la política que el sector de los países adelantados de Occidente aplique en sus relaciones con el sector subdesarrollado de la misma familia occidental. Si los países altamente evolucionados no promueven el desarrollo de los países atrasados, en el sentido

de estimular sus tendencias a la autonomía económica, sus mercados se verán restringidos y en vez de países con aptitud de pago, es decir, en vez de entidades compradoras solventes, se generará un conjunto de países que, en mérito a la aludida circunstancia de que con sus exportaciones no logran realizar importaciones al nivel de sus necesidades, se transformarán en deudores crónicos y en una vasta plataforma de inestabilidad social. Este hecho no se remueve en sus causas profundas por el hecho de que se voten sumas, aunque sean importantes, para paliar la injusticia social inherente a aquel estado económico. Sólo promoviendo el establecimiento de las industrias básicas en los países retrasados, que es lo único que les puede resolver el problema de sus balanzas comerciales y de pagos, las grandes potencias, como lo demuestran las estadísticas, tendrán clientes prósperos con gran aptitud de compra y socios solidarios en la gran tarea de constituir un comunidad coherente en la preservación de una filosofía y de un modo de vivir.

## Expansión productiva.

LA saturación de los mercados internos de los países industriales pone un límite natural a su expansión productiva. Por eso puede comprobarse que los índices de crecimiento del producto nacional bruto de los Estados Unidos, por ejemplo, en los últimos ocho años, han sido del orden del 3 al 4% por año, tasa inferior a los índices de Europa Occidental en el mismo período y muy inferiores a los de la Unión Soviética. La competencia entre los países del bloque comunista y nuestro mundo occidental, tal como surge de los informes oficiales presentados al Congreso norteamericano, se resolverá en el terreno del crecimiento económico que, como hemos visto, no es solamente de los países subdesarrollados,

sino del mundo occidental en su conjunto. Restaurado el potencial productivo de Europa Occidental y en pleno auge el de los Estados Unidos, agregado el extraordinario adelanto tecnológico de nuestro tiempo, que multiplicará esa capacidad productiva, el dilema de los países industriales —que son la contrapartida exacta de los países subdesarrollados— es crecer o perecer.

Crecimiento, para nuestros países de América latina, significa industrializar y tecnificar su economía urbana y rural y expandir su poder de compra. Crecimiento, para los países ya desarrollados significa fortalecer y expandir sus mercados: dos caras de la misma moneda.

Para el caso concreto de los Estados Unidos, país que nos interesa especialmente no sólo por la condición de líder que ostenta dentro de nuestro mundo, sino especialmente porque es parte de este hemisferio, resulta claro que la expansión fundamental de su mercado ha de operar en los países de escaso desarrollo en la medida en que éstos desenvuelven

sus fuerzas económicas. Si América latina mantiene su baja tasa de producción y su pequeña capacidad de compra, la industria de los Estados Unidos sufrirá las consecuencias en el ritmo comparativamente lento de su evolución técnico-económica. En efecto, los países europeos, la Unión Soviética y China cuentan con mercados propios y un proceso de rápido crecimiento que exigen ser tenidos en cuenta. Esto determina, como consecuencia, que sus líneas de producción pueden amortizarse rápidamente, con la consiguiente renovación y perfeccionamiento de sus equipos. Para los EE. UU. es vital, pues, encontrar mercados igualmente aptos para el consumo, no sólo para el presente inmediato, sino también y principalmente para el futuro. Entretanto, los países subdesarrollados ofrecen una perspectiva bien limitada y únicamente el despertar de toda su capacidad de producción, con el natural requerimiento de más y mejores máquinas, de más y mejores productos, puede ofrecer a los Estados Unidos este mercado.

Las breves consideraciones que siguen, munidas de los datos y relaciones numéricas más elementales, tienen por objeto presentar el panorama real que ofrece América latina en el aspecto económico-social.

## Crecimiento del producto bruto.

**T**OMANDO 1955 = 100, el índice de crecimiento del producto bruto para 1959 fué de 119. Pero la variación anual, en porcentaje, respecto de cada año anterior fué:

|      |      |      |      |      |
|------|------|------|------|------|
| 1955 | 1956 | 1957 | 1958 | 1959 |
| 5.9  | 4.2  | 6.9  | 3.8  | 2.9  |

Considerando que la población aumenta a un ritmo que se aproxima al 3 por ciento anual, las variaciones del producto bruto *per cápita* en el mismo período son las siguientes:

|      |      |      |      |      |
|------|------|------|------|------|
| 1955 | 1956 | 1957 | 1958 | 1959 |
| 3.6  | 1.8  | 4.1  | 1.3  | 0.3  |

## Ingreso bruto.

LOS índices de variación del ingreso por habitante, a su vez van de 2.2 en el año 1955 a menos de —1.3 en 1959. Como se ve, ambos índices —los del producto bruto y los del ingreso— son inequívocamente declinantes.

## Comercio exterior.

EXCLUIDA Venezuela, cuya balanza comercial traduce las gruesas exportaciones de petróleo, las cifras correspondientes a 17 países, para 1959, son en *millones de dólares*:

| Expo. taciones | Importaciones | Saldo   |
|----------------|---------------|---------|
| 5.870,1        | 6.151,4       | — 281,3 |

Los Estados Unidos han aumentado sus importaciones en 1959 en 2.397 millones de dólares respecto de 1958. Pero de este aumento sólo correspondieron 26 millones a las importaciones provenientes de América latina. En términos relativos, el aumento total fué de 19 % para todos los países y de 0,7% para América latina. Pero este aumento del valor de los productos latinoamericanos corres-

pondió a un aumento del 8% del volumen físico, lo que corrobora la tendencia a la disminución del precio de las exportaciones de productos primarios, que ha sido de un 8,4 por ciento para 17 productos principales.

Las exportaciones latinoamericanas a la República Federal Alemana registraron un aumento de 9 % comparado con un 15 % de aumento de las importaciones totales de ese país.

Para el Reino Unido, la posición exportadora de América latina fué más favorable, pues registró un aumento de 9%, mientras que el incremento total fué de 6,5 %.

*Inversiones privadas de capital norteamericano en América latina y otros.*

*En millones de dólares*

|                | <u>1955</u> | <u>1957</u> | <u>1958</u> | <u>1959</u> |
|----------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Total          | 1.212       | 3.212       | 2.844       | 2.145       |
| A. Latina      | 380         | 1.416       | 488         | 383         |
| Canadá         | 304         | 936         | 968         | 849         |
| Europa Occid.  | 212         | 408         | 411         | 434         |
| Otros destinos | 316         | 452         | 977         | 479         |

*En porcentajes del total de cada año*

|               |    |    |    |    |
|---------------|----|----|----|----|
| A. Latina     | 31 | 44 | 17 | 18 |
| Canadá        | 25 | 29 | 34 | 40 |
| Europa Occid. | 18 | 13 | 14 | 20 |
| Otros         | 26 | 14 | 35 | 22 |

Del cuadro anterior se desprende que en 1955 América latina ocupaba el *primer* lugar en las inversiones privadas estadounidenses en el exterior, mientras que ahora ocupa el *último* lugar.

Otro dato correlativo es que la afluencia neta de capitales privados y *oficiales* de los EE. UU. a América latina fué de 945 millones de dólares en 1958 y sólo de 644 millones en 1959.\*

Por consiguiente, la paralización económica de América latina se debe principalmente a estas causas:

1. Deterioro de la relación de intercambio.
2. Déficit de las balanzas de pagos
3. Medidas anti-inflacionarias que producen contracción del mercado

\* Fuente: Estudio Económico de América latina 1959. CEPAL.



interno por falta de una política expansiva.

4. Insuficiencia de ingreso de capital exterior para estimular dicha política expansiva.

*Ayuda de EE. UU. en la posguerra*

Según cálculos hechos en Washington D.C. (La Razón, 5 de diciembre 1960), el total de la asistencia exterior de Estados Unidos desde 1945 a 1959 fue de 78.000 millones de dólares, así descompuestos:

|                         |        |
|-------------------------|--------|
| Europa Occidental ..... | 39.338 |
| Cercano Oriente .....   | 10.625 |
| Lejano Oriente .....    | 17.359 |
| Africa .....            | 469    |
| América Latina .....    | 2.898  |
| Otros .....             | 7.000  |

*Situación económica de Estados Unidos*

El déficit en su balanza de pagos fue de 3.400 millones en 1958 a 4.100 millones en 1959.

La *Cámara de Comercio de Estados Unidos*, en un informe de su jefe de economistas, Emerson S. Schmidt, pre-

dice para el primer semestre de 1961 una declinación "moderada" de los negocios, del orden del uno al dos por ciento, y un aumento de la desocupación (cable de U.P. del 5 de diciembre 1960).

El *comercio exterior* de los EE. UU. acusa una disminución de las exportaciones con respecto a 1958. En la década de 1950-1959, las exportaciones norteamericanas han aumentado un 71%, mientras que los otros países industriales (Europa y Japón) aumentaron en un 136% en igual período, según puede verse en el siguiente cuadro: \*

*Exportaciones: 1950 - 59*

Exportaciones: 1950-59  
(Miles de Millones)

| Año             | Europa Occid. |         |
|-----------------|---------------|---------|
|                 | EE. UU.       | y Japón |
| 1950 .. . . . . | 10.3          | 16.4    |
| 1951 .. . . . . | 15.0          | 22.8    |
| 1952 .. . . . . | 15.2          | 22.7    |
| 1953 .. . . . . | 15.8          | 22.9    |
| 1954 .. . . . . | 15.1          | 25.2    |
| 1955 .. . . . . | 15.6          | 28.9    |
| 1956 .. . . . . | 19.1          | 31.9    |
| 1957 .. . . . . | 20.9          | 35.1    |
| 1958 .. . . . . | 17.9          | 35.7    |
| 1959 .. . . . . | 17.6          | 38.7    |

\* Fuente: Fondo Monetario Internacional, agosto 1960.

Aunque las exportaciones norteamericanas en 1960 han acusado un considerable repunte, la competencia de Europa y Japón está desalojando a Estados Unidos de los mercados, porque Estados Unidos no utiliza su enorme potencia económica para exportar capitales y bienes a los países subdesarrollados, que se transformarían así en factores de expansión que por vía de los mayores consumos permitirían bajar los costos de la industria norteamericana, con lo que estaría en condiciones superiores de abordar la competencia internacional. En este período —más que en ningún otro— la implacable vigencia de la ley económica impone la tendencia de la expansión como único recurso de éxito.

Por otra parte, el mercado interno de los Estados Unidos no absorbe la producción, por lo cual las grandes industrias (automotores, aluminio, papel, química), están trabajando del 70 al 80 % de su capacidad y la del acero ha descendido hasta poco más del 50%.

Kennedy, en su campaña electoral, ha

dicho que la economía norteamericana está estancada. En efecto, el ritmo de crecimiento se ha detenido, mientras Europa y los países comunistas van en constante aumento.

El remedio no puede consistir en equilibrar la balanza de pagos de los países subdesarrollados restringiendo las importaciones necesarias, pues esto producirá un retroceso aún mayor. La solución para los Estados Unidos es la expansión, la ampliación de sus mercados externos. Limitados como están los de Europa y el Japón, bien que a niveles elevados, quedan América latina, Africa y parte de Asia. Para incrementar la capacidad adquisitiva de estos mercados hay que ayudarlos financieramente para que realicen su propia expansión. Este es el *New Deal* que el presidente Kennedy tiene que abordar respondiendo a un perentorio desafío de la historia.

## Un problema técnico-económico.

**P**OR eso no planteamos un problema ético o de justicia distributiva cuando los pueblos latinoamericanos reclamamos de las grandes potencias colaboración para nuestro desarrollo. Planteamos un problema técnico-económico rigurosamente funcional y dinámico, tan válido para nosotros como para ellos. El progreso económico-social de los pueblos atrasados es una necesidad histórica inexorable, pero es fundamentalmente un hecho económico y actual de esos pueblos y de las naciones adelantadas en igual medida. ¿En qué consiste la cooperación que se espera de las naciones desarrolladas? Si aceptamos la premisa de que lo que se busca es una solución orgánica de mutua convivencia, hemos de rechazar toda medida de emergencia y todo asomo de ayu-

da humanitaria. Serán siempre de alto valor los esfuerzos que se hagan para aliviar las condiciones higiénicas de vivienda y nutrición, así como de educación y cultura en que viven nuestros pueblos de América latina y otros millones de seres humanos de Asia y de Africa; pero lo que estos pueblos necesitan, repetimos, es crear las condiciones económicas básicas y estables para que nunca, en el futuro, tengan que reclamar la ayuda internacional para disponer de agua potable, de vivienda higiénica y de asistencia médica. Estas condiciones sociales serán la consecuencia natural del proceso económico. Si no se modifica la estructura fundamental de las economías de estos países, la asistencia internacional deberá adquirir carácter habitual y será un elemento denigrante para su orgullo nacional. América latina necesita capitales públicos y privados de origen internacional para compensar sus bajos índices de ahorro interno. Radicación de industrias en los sectores básicos (siderurgia, química pesada, energía, celulosa, comunicaciones), asistencia técnica y científica. Esta

cooperación debe prestarse con el criterio económico de las grandes inversiones retributivas, y no con el de aporte de buena voluntad. El mundo desarrollado debe invertir una parte sustancial de sus ingresos en la promoción de las economías subdesarrolladas, en la inteligencia de que estas inversiones son convenientes y necesarias para su propia estabilidad, su propio crecimiento y, lo que es tan importante, para lograr niveles de competencia que aseguren su éxito.

Si las grandes potencias industriales de Occidente no actúan con rapidez y decisión en ese sentido, el mundo subdesarrollado aceptará la ayuda del otro sector. Ninguna consideración ideológica es capaz de evitarlo, porque para esos países nada es superior a su interés nacional de progreso. Conviene ser realistas en esto y no dejarse engañar por planteos ajenos a la irreversible dirección de la historia. Cuba lo está demostrando en nuestro continente. Asfixiada por una economía agraria de cuasi monocultivo, tiene esta disyuntiva: diversificar su producción e industrializarse o perecer.

## Las medidas concretas que América Latina reclama.

**L**A colaboración que recaba América latina puede sintetizarse en los siguientes puntos, todos de absoluta urgencia y de carácter verdaderamente neurálgico:

- a) préstamos internacionales a largos plazos para abordar con rapidez, y en lo posible con simultaneidad, las grandes obras de desarrollo, como plantas siderúrgicas, de química pesada, de energía termo e hidroeléctrica, de carreteras y aeródromos;
- b) inversiones y radicaciones privadas extranjeras;
- c) asistencia científica y técnica;

De estas formas, la más contingente es la corriente privada de capitales extranjeros. Pero los países exportadores de capital deben estimularla si se quiere que

ellos prefieran la colocación en el exterior. Hay varias medidas para fomentar esa corriente, pero las más seguras son: que el país exportador garantice a sus nacionales sus inversiones foráneas; que se otorguen franquicias fiscales en el país exportador, progresivas en relación con el monto, el riesgo y los plazos de amortización de la empresa; que se establezcan acuerdos con las naciones receptoras de capital, tendientes a que estas últimas ofrezcan garantías a los capitales y a las remesas de sus fondos y franquicias fiscales para las reinversiones.

La declinación de los ingresos fiscales que pueda producirse por efecto de la desgravación impositiva a los capitales que se exportan y el costo por riesgo político, se verá ampliamente compensada en magnitudes y calidades superiores por el incremento de remesas de utilidades correspondientes a una masa mayor de capitales invertidos y por la poderosa incentivación del intercambio comercial.

El capital extranjero, incorporado así a la economía nacional y con perspectivas

de reinvertirse, actuará como poderoso factor de desarrollo del propio ahorro local y tendrá signo positivo —aunque sea extranjero—, así como será colonialista y tendrá signo negativo —aunque sea de origen nacional— el capital que promueva y se vincule a las tendencias agroimportadoras.

Los países exportadores de capital no deben temer que la creación de industrias básicas en países que antes eran compradores de acero, petróleo, etcétera, significará el cierre de esos mercados. La experiencia indica que la capacidad de compra y de importación de los países subdesarrollados aumenta en la medida en que se industrializan. Lo que ocurre es que cambian los rubros de exportación.

La opción es clara: o el proceso nacional del mundo subdesarrollado se encauza dentro de la democracia y de los valores espirituales de Occidente o se hace bajo el signo de la violencia, del caos y la anarquía. Ningún gobierno, ningún hombre o grupo de hombres puede mantener indefinidamente un muro ideológico o espi-

ritual en torno de su pueblo si éste sufre la opresión, las privaciones y la ignorancia o, simplemente, la frustración de no alcanzar su destino nacional. Podrán dictarse todas las medidas defensivas y represivas que se quiera; podrá acentuarse la propaganda y la agitación anticomunista. Pero, si se advierte que del otro lado existe la incomprensión o la apatía de quienes son nuestros amigos —vecinos en geografía y afines en el modo de vivir—, en contraste con la vigilia y la pertinacia de los otros, tarde o temprano la presión de abajo derribará el régimen democrático interno y abrirá las puertas a la infiltración extremista. Asia y Africa sufren en este momento esas presiones. Y América latina no puede ser una excepción.

Mientras no se encare en términos económicos la ayuda a los países subdesarrollados, se seguirá hablando en las conferencias internacionales; se seguirán barajando temas políticos e ideológicos y curando o pretendiendo curar los síntomas de un mal, pero no sus causas. Si las presiones de los intereses parciales sobre los

dirigentes del mundo occidental les impiden comprender la magnitud de la tarea que resta realizar, no serán los pueblos subdesarrollados solamente los que sufran las consecuencias de esa ausencia de imaginación y de grandeza en la conducción de la marcha. Será el complejo económico, social, cultural y espiritual de Occidente el que entrará en crisis. Cuanto antes se comprenda este dilema habrá mejores perspectivas de resolverlo en favor de nuestros ideales democráticos y cristianos.

BC.xvii.g.6.a.1'

BC.xviii.i.2.b.9'

BC.xvii.h.6

FCH IV. h

La Lucha por la  
Liberación Nacional  
y Nuestros  
“Nacionalistas”

**E**L nacionalismo es el rasgo que define esta segunda mitad del siglo xx. Las dos guerras mundiales y el progreso material y cultural del mundo han acelerado el proceso de liquidación del colonialismo y han fortificado los ideales de independencia de los pueblos. Nadie puede contener este avance histórico, como lo demuestra el hecho de que en los últimos quince años hayan conquistado su independencia un número considerable de colonias europeas en Asia y Africa, cuyos representantes forman un sólido bloque en las Naciones Unidas. Otras colonias se sumarán pronto a la sociedad de naciones soberanas. Las antiguas metrópolis sólo pueden discurrir acerca de la forma más viable de acceder a esa corriente y de mantener ciertos



vínculos económicos y culturales, en un pie de libre asociación, con sus ex colonias.

América latina, vasta región de infinitos recursos naturales y con caracteres más evolucionados que las colonias afroasiáticas, exige complementar su independencia política, alcanzada en los albores del siglo pasado, con un desarrollo económico que nutra positivamente la formalidad de su soberanía jurídica. Esta fórmula —independencia política = desarrollo económico— no admite discusión, lo mismo en Asia y Africa que en nuestro hemisferio. Cambian únicamente las circunstancias de hecho y las mayores o menores fuerzas con que se cuenta.

El nacionalismo quiere hacer de nuestro país una nación realmente soberana, capaz de autodeterminarse sin sujeción a presiones o dictados ajenos, dueña de los factores de sustentación económica que le permitan liberarse de los monopolios que controlan su comercio exterior y proveer a su sumergida población trabajo, alto nivel de vida y desarrollo espiritual.

En cuanto a los medios políticos para alcanzar estos fines, nuestros nacionalistas difieren considerablemente.

Antes de formular nuestra propia concepción del problema es necesario señalar las características que asume en el presente el extendido sentimiento nacionalista en los cuadros de oficiales del ejército y en la dirección de algunos gremios obreros.

## Ideología Mosbal.

SE habla de la creación de una nueva logia militar, llamada *Mosbal* (Mosconi-Baldrich), que congregaría a la oficialidad joven, especialmente a un grupo de más antigua trayectoria y al que se distingue con el calificativo de *nasserista*, por su admiración por la política del jefe egipcio Gamal Abdel Nasser. La tesis general de este grupo —cuyo análisis haremos más adelante— consiste en creer que el ahorro nacional es suficiente para hacer el desarrollo y, en consecuencia, postular una férrea política de nacionalizaciones.

Esta tendencia caracteriza la política nacional por los instrumentos de que se vale para su ejecución y niega contenido

nacionalista a un programa que consiste en desenvolver todas las posibilidades del país con el concurso del capital extranjero.

Tales son los puntos que hay que debatir a fondo, porque no cabe duda alguna de que los sentimientos nacionalistas así expresados, en las fuerzas armadas y en los gremios obreros, tienen la misma auténtica raíz que en todos los estrados de nuestra población. No ocurre lo mismo con las fuentes doctrinarias que alimentan a estos grupos y les proveen un apasionado arsenal ideológico.

Una de las fuentes doctrinarias de esta tendencia sería el grupo *Azul y Blanco*, eterno proveedor de ideas insurgentes con destino a las fuerzas armadas.

El nacionalismo de *Azul y Blanco* es un nacionalismo enfático, aristocrático y reaccionario, mientras que el nacionalismo de nuestros oficiales se nutre tradicionalmente en el pueblo, debe manejarse con realidades y busca marchar hacia adelante, no retroceder al virreinato.

## Crisis de estructura.

Se acepta generalmente que la crisis argentina es una crisis de estructura. El esquema del viejo país exportador de carne, lana y granos e importador de materias primas industriales, combustibles y manufacturas está irrevocablemente roto. Por razones que hemos analizado repetidamente, el producto de nuestras exportaciones no alcanza a subvenir nuestras compras en el exterior. No hay solución posible dentro de este esquema. El país está estancado y empobrecido hasta un límite insospechado quince años atrás. Si no hubiéramos de alcanzar el autoabastecimiento petrolero el año venidero, nuestras exportaciones apenas permitirían pagar las importaciones de combustible. No podríamos adquirir ni máquinas, ni bienes,

ni acero, ni productos químicos, ni medicinas. La industria liviana nacional entraría en quiebra y la desocupación y el hambre serían terribles realidades a corto plazo. Hasta ahora, nadie ha podido desmentir este cuadro.

Es necesario, pues, desarrollar nuestros recursos naturales, extraer petróleo, carbón y hierro, construir usinas térmicas e hidroeléctricas, caminos, maquinaria agrícola, vehículos de transporte y financiar la siderurgia y la petroquímica. Solamente así podremos sustituir importaciones, crear una industria nacional sobre bases sólidas y elevar el nivel de vida de la población.

Nada de esto se logra con buenas intenciones o con esquemas ideológicos, sean o no nacionalistas. Todo esto se logra con capital, estatal o privado, nacional o extranjero, o todas estas categorías a la vez.

## Los recursos.

SI el Estado argentino tuviera en sus arcas los miles de millones de dólares que acumuló durante la última guerra, buena parte de esas obras básicas podría financiarse con fondos públicos. Y.P.F. tendría recursos para extraer todo el petróleo necesario; Vialidad Nacional, para construir caminos; Agua y Energía, para sembrar de plantas hidroeléctricas el interior del país; Ferrocarriles del Estado, para renovar su deteriorado parque rodante y sus vías; Aerolíneas Argentinas, para dotar al país de la fluida intercomunicación aérea que su extensa superficie reclama y el creciente desarrollo va requiriendo. Podríamos, también, pagar sueldos decorosos a nuestros técnicos y administradores.

Pero el Estado no tiene esos fondos y, por el contrario, soporta el enorme déficit fiscal producido en su mayor parte por las pérdidas de las empresas estatales. Así, Y.P.F. no puede ni cobrar sus créditos ni pagar sus deudas, y todos los programas energéticos y viales deben ser dilatados hasta plazos inverosímiles por falta de financiación.

El capital privado nacional —la acumulación que debiera producirse mediante el superávit de las explotaciones agropecuarias, industriales y comerciales— está reducido a cifras meramente contables, pues el proceso inflacionario insume las utilidades en forma de reposición de existencias y mantenimiento y actualización de equipos. El capital especulativo —sustraído de la producción directa— es el único que se multiplica en un mercado crediticio privado cuyas tasas de interés imponen nuevas cargas al capital reproductivo.

En estas condiciones de descapitalización nacional no quedan muchas alternativas. Un Estado autoritario puede forzar

el ritmo de capitalización interna mediante diversas medidas planificadoras de carácter compulsivo: socializando íntegramente los medios de producción a fin de volcar todas las inversiones en el sector de la industria pesada, con lo que se postergan las exigencias de los consumidores por muchos años —como ocurre en los países comunistas— o, sin llegar a ese extremo, dentro de la economía privada, tomando medidas fiscales y de intervención estatal que lleguen a parecido resultado; es decir, al sacrificio del consumo popular en favor de la capitalización de las industrias básicas y las obras públicas. En otras palabras: ninguna ideología política, ningún sistema de gobierno crea los medios económicos. Solamente los maneja, los transfiere, los moviliza y encauza hacia uno u otro sector económico.

## Ahorro forzado.

EN los países subdesarrollados, el problema de la financiación del desarrollo económico tropieza con este dilema: si no se quiere —por razones políticas— recurrir al capital extranjero, el escaso capital nacional debe ser incrementado. Para ello no hay otro recurso que forzar el ahorro: vale decir, reducir el consumo. Pero, aun esta drástica solución se torna imposible en los países donde el consumo mismo está reducido a su mínima expresión, pues el ingreso *per cápita* es tan bajo que apenas alcanza para subvenir a una alimentación deficitaria y a vivienda y vestidos míserimos. La reducción del nivel de vida del pueblo sería intolerable y terminaría por provocar la violencia social contra el gobierno nacional, por populares que fue-

ran sus objetivos políticos de independencia y soberanía. Esto lo han visto muy bien los gobiernos de las nuevas nacionalidades de Asia y Africa, que saben perfectamente que no pueden degradar más el nivel de vida de sus pueblos en beneficio de los planes de desarrollo. Esto es rigurosamente aplicable también a la mayoría de los países latinoamericanos.

En la Argentina, las condiciones de vida del pueblo y el mayor desarrollo del capital interno, con relación a las otras naciones subdesarrolladas, ofrecerían margen menos estricto para ensayar una política nacional de sacrificios, austeridad y restricción de la industria de bienes de consumo en favor de las inversiones en obras públicas, energía y siderurgia. Pero, ¿es indispensable imponer esa regimentación y exigir esos sacrificios al pueblo, en tal magnitud?

Los enemigos de dar participación al capital extranjero no suelen admitir que la alternativa es apretar aún más el cinturón. Ya hemos dicho que el capital para el desarrollo no se inventa: se lo transfiere

de donde está, es decir, se lo traslada de la producción de bienes de consumo a la producción de bienes de capital, o se buscan fuentes externas de financiación que ayuden a hacer menos drástico el sacrificio popular.

## Ritmo del desarrollo

UTILIZAR exclusivamente el ahorro nacional significa retrasar el ritmo del desarrollo. El desarrollo no es un programa que podamos emprender por generaciones. El desarrollo lo necesitamos ahora, en 1961 y 1962; después puede ser demasiado tarde. Hay urgencias sociales y urgencias políticas —internas y externas— que se imponen, fuera de las urgencias económicas derivadas del fin de la época en que se exportan productos del agro.

Un claro ejemplo de lo que el ritmo significa en las actuales circunstancias, nos lo da el petróleo. El incremento de la producción logrado a través de Y.P.F., por la aplicación del plan de reactivación aprobado por el gobierno de la Revolución Libertadora, nos conducía al auto-

abastecimiento para 1965. La gravitación de este autoabastecimiento en la posición de divisas del país no resulta tan satisfactoria como sería de desear, porque las obligaciones financieras contraídas para cumplir ese plan siguen siendo onerosas aunque se hayan renegociado en parte.

La colaboración del capital extranjero nos permite alcanzar el autoabastecimiento cuatro años antes. Un cálculo conservador acerca de las divisas que de esta manera se ahorra el país, estima que serán del orden de los 300 millones de dólares.

Sin incremento adecuado de la producción petrolera, 1961 nos habría encontrado con un déficit tal que, para cubrirlo, habríamos tenido que echar mano de la casi totalidad del producido en divisas por la exportación de nuestros productos tradicionales.

Esto es lo que se ha hecho en materia de petróleo. Y aquí el ritmo jugó el papel que realmente corresponde.

En cambio, los demás aspectos del desarrollo están gravemente demorados. No hemos avanzado ni en materia de siderur-

gia, ni de energía hidro y termoeléctrica, ni en la extracción de carbón, ni en química pesada, ni en intercomunicaciones.

Esta falta de ritmo puede no sólo frustrar lo ya hecho en materia de petróleo, sino también hacer perder al país la oportunidad de alcanzar rápidamente el rango de potencia mundial que legítimamente le corresponde.

Siendo como es ésta la hora de las nacionalidades, la transformación y consolidación de las mismas no es, sin embargo, el resultado mecánico de la contemporaneidad, sino la consecuencia de un esfuerzo racionalmente conducido. La coyuntura internacional nos es decisivamente favorable ahora. Pero no sólo a nosotros, sino a todos los países subdesarrollados. Aquellos que por falta de ritmo queden rezagados, no sólo perderán el tiempo que dejen transcurrir, sino que, en lo sucesivo, tendrán que cumplir un esfuerzo tan prolongado como penoso.

Es por tan sencillas como categóricas razones que no hay posibilidad alguna de esperar a que el ahorro nacional propor-

cione capital suficiente para hacer el desarrollo. Sobre todo cuando, como queda demostrado, no hay razón teórica valedera que invalide la tesis nacional de que, determinados claramente los objetivos de política económica nacional, lo único realmente importante es alcanzar esos objetivos con el máximo de prontitud, por lo que debe allegarse todo el capital y la técnica nacional y extranjera susceptibles de ser incorporados al proceso dado.



## El ejemplo.

**C**UANDO Nasser decidió construir la gran represa de Assuán, que incorporó millones de hectáreas a la superficie cultivable del valle del Nilo, no se le ocurrió que las cifras astronómicas que esa obra demandaría iban a salir de los bolsillos exhaustos del pueblo egipcio. Negoció un préstamo con el Banco Mundial y con los Estados Unidos e Inglaterra, hasta que estos países, por inexplicable ceguera política, le negaron su ayuda. La Unión Soviética aportó entonces los fondos. Igualmente, la India, Indonesia, las naciones nuevas del sudeste de Asia y de Africa gestionan créditos internacionales para sus obras de desarrollo. La India lleva a cabo las obras de sus planes quinquenales con

capitales ingleses, alemanes, norteamericanos y rusos.

Nadie piensa que Nasser esté vendido a los comunistas porque Rusia le ayuda a construir el embalse de Assuán, ni que Nehru sea instrumento de los viejos imperialismos que dominaron su patria en el pasado porque obtiene capitales extranjeros para sus planes de desarrollo.

Cuba no podrá seguir viviendo de la venta de azúcar y tabaco. Deberá diversificar su economía e industrializarse y, para ello, no le alcanzarán los fondos provenientes de sus exportaciones primarias. Tampoco podrá obtener esos fondos del ahorro popular compulsivo. Si se cierra el camino de la ayuda internacional de Occidente deberá recurrir a la ayuda de la Unión Soviética. De ella recibe hoy armas para su ejército y juguetes para sus niños. Mañana necesitará recibir máquinas, plantas industriales y usinas. Pero el capital exterior le será absolutamente indispensable porque —repetimos— ninguna ideología inventa los medios económicos.

La ayuda internacional a los países subdesarrollados no es una opción; es una necesidad tan irremisible como lo es el proceso de liberación de esos pueblos. El mundo democrático de Occidente y el mundo socialista de Oriente competirán en esa ayuda y allí sí puede haber la opción.

Hemos insistido anteriormente en la diferencia entre el capital extranjero que somete y el capital extranjero que ayuda a la liberación. Podemos repetir aquí lo dicho en el prólogo de nuestro libro *El desarrollo argentino y la comunidad americana*.

## Capital que libera.

“POR un lado están los capitales foráneos que se incorporan al país con el objeto de obtener el dominio o control sobre fuentes de materias primas destinadas a abastecer los grandes centros fabriles del exterior. Tienden por ello a crear en los países adonde lleguen, estructuras adecuadas al papel de proveedores de materias primas a cambio de la importación de artículos manufacturados. No cabe duda de que inicialmente favorecen la promoción económica, pero a la postre estancan el proceso en una etapa de producción primaria. Se constituyen así en implacables enemigos de todo desarrollo que afecte la ecuación *trueque de materias primas por productos elaborados*. Por otra parte, como para abaratar las

“materias primas necesitan mantener bajos costos de producción, son sistemáticos adversarios de todo progreso económico-social que se traduzca en plena ocupación y aumento de la retribución de la mano de obra.

“Por otro lado, encontramos los capitales que se incorporan en función de las necesidades del mercado interno de los países, generalmente para reemplazar con la producción local el artículo importado. En esta forma, suplen la incapacidad financiera del país de que se trate para obtener un desarrollo económico acorde con los modernos adelantos técnicos y con el natural deseo de los pueblos de alcanzar el nivel de vida de los países más adelantados. Son capitales que modifican la estructura colonial de una economía; la integran y fortifican suprimiendo su excesivo unilateralismo e inpedizándola de los resultados de su intercambio con el exterior.

“El concepto *inversión extranjera* puede, por consiguiente, ofrecer significados muy distintos y hasta antagónicos.

“Puede representar un factor de estancamiento y ulterior retroceso, acompañado de creciente subordinación al exterior del país, o constituir un factor de progreso, de mayor abundancia, que fortalecerá paralelamente la capacidad de autodecisión nacional en sus relaciones con las grandes potencias del mundo moderno.

“La Argentina ha conocido, desde fines del siglo pasado, el primer tipo de inversión extranjera, que inicialmente fue beneficiosa al contribuir a la producción y transporte de las materias primas agropecuarias con destino a los mercados del exterior. Este exclusivo objeto presidió la construcción de puertos y el trazado de caminos y ferrocarriles que, si bien sirvieron en un primer momento a la expansión económica nacional, formaron una estructura que terminó obstaculizando el desarrollo argentino hacia planos de alto nivel.

“En tanto se ejerció por ese inicial inversor extranjero, el poder económico que gravita sobre círculos sociales y tras-

“ciende a los sectores de la cultura y  
“de la política fué un factor coadyuvante  
“del estancamiento argentino. No sola-  
“mente se creó una economía destinada  
“nada más que a servir al intercambio de  
“materias primas alimenticias por los ar-  
“tículos elaborados que el país necesitaba,  
“sino que incluso fué promovida una ideo-  
“logía opuesta a toda superación del pro-  
“greso alcanzado, que postulaba las ven-  
“tajas permanentes de la especialización  
“y desalentaba los esfuerzos destinados a  
“la explotación de otras fuentes de rique-  
“za o al desarrollo superior de la activi-  
“dad industrial.

“Ese carácter *colonialista* de las inver-  
“siones no era un monopolio del capi-  
“tal extranjero, pues también el inversor  
“nacional se orientaba en el mismo sen-  
“tido.

“Esto demuestra acabadamente que son  
“las condiciones políticas y económicas de  
“carácter general, y no las malignas inten-  
“ciones subjetivas del capitalista extran-  
“jero, las que orientan la inversión en  
“una dirección favorable o desfavorable

“al desarrollo económico de los países de  
“insuficiente desenvolvimiento.

“En la medida en que se adopte una  
“política económica de expansión integral  
“que contemple como forzoso corolario la  
“del propio sistema productivo, la inver-  
“sión extranjera y la nacional cambiarán  
“de orientación. Este es el primer punto  
“que tuvimos en cuenta para canalizar el  
“capital extranjero hacia objetivos de in-  
“terés nacional. Pusimos así en práctica  
“un programa que realizará la integra-  
“ción económica impulsando la expansión  
“de los sectores que abastecen el mercado  
“local sustituyendo importaciones. En es-  
“ta materia, la tesis es cerrar la puerta al  
“artículo foráneo para abrirla de par en  
“par a la fábrica que lo producirá en el  
“país.”

## Política económica nacional.

**L**A autenticidad del contenido nacional de una política económica se expresa en sus resultados. Será, pues, realmente nacionalista si genera la autosuficiencia y, por ello, la posibilidad de desenvolvimiento autónomo. No lo será, en cambio, si crea nuevos vínculos de dependencia. Tal es lo que ocurrió con el crecimiento de nuestra industria metalúrgica liviana que, al carecer del apoyo de una siderurgia propia, nos hacía cada vez más dependientes del exterior por la importación de materias primas y combustibles a que nos obligaba.

A la luz de esta realidad concreta, es obvio que lo que el país necesita es realizarse plenamente. El medio con que lo haga no es más que esto: instrumento. Al-

canzamos el autoabastecimiento petrolero porque lo enfrentamos con este método: ¿Qué nos hace más independientes: utilizar el capital extranjero para importar petróleo o utilizarlo para desarrollar la industria de la explotación del petróleo y del gas a los niveles suficientes de nuestras necesidades nacionales? Y acudimos sin vacilar a la ayuda del capital privado, extranjero en este caso. El resultado está a la vista.

Tenemos que hacer la siderurgia porque, de lo contrario, todo el fruto de nuestras exportaciones tendrá que aplicarse al pago de nuestras importaciones de acero y dependeremos para su provisión de la política de los grandes monopolios siderúrgicos extranjeros y no de la decisión del pueblo argentino, de transformar los medios de producción rurales y urbanos y, consiguientemente, del confort de toda su población.

Tenemos que desenvolver una adecuada tecnificación agropecuaria porque de ella depende el alimento suficiente de nuestro

pueblo y, aun por un período bastante largo, la provisión de divisas.

Tenemos que proveer al país de energía suficiente y hacerlo con premura. Si no duplicamos nuestro potencial eléctrico en la próxima década, estaremos condenados irremisiblemente al atraso.

Es menester intercomunicar al país y hacerlo en forma fluida, por medio de carreteras, autopistas, aeródromos, líneas aéreas y hoteles en todos los rincones del país.

Estas realizaciones nos transformarán en una nación moderna, independiente y, por lo tanto, soberana.

Esta empresa, que debemos realizar todos los argentinos, no admite que permanezcamos aferrados a falsos ídolos ni a cadáveres ideológicos. Todo lo que puedan hacer por sí las empresas estatales estará bien hecho; pero aquello que exceda sus posibilidades inmediatas debe llevarse a cabo con el concurso de la capacidad financiera y técnica de las empresas privadas nacionales y extranjeras, porque, fijados como están con precisión los obje-

tivos de política económica nacional, es grave traición a la patria no alcanzarlos en el más breve plazo.

Nunca como en las actuales circunstancias resulta adecuada la palabra *desafío* para definir el carácter precario de la oportunidad que nos brinda la coyuntura internacional. Si nos colocamos en el punto justo, se abren ante nosotros las mejores perspectivas como potencial nacional, pero, en cambio, si nos mantenemos atados a los viejos esquemas y so pretexto de defender encarnizadamente los *slogans* del nacionalismo retórico dejamos pasar esta oportunidad, habremos incurrido en la más grave irresponsabilidad histórica. Aquello que nosotros no hagamos lo harán otros países y, en el cuadro de la convivencia pacífica articulada por las grandes potencias, poco importará para las demás naciones el mayor o menor grado de desarrollo que alcance la Argentina. Estaremos entonces librados a nuestras propias fuerzas como lo quiere el nacionalismo reaccionario.

El pueblo argentino, amante en su in-

mensa mayoría de su tradición y, sobre todo, lanzado a la conquista de su propio destino, sabrá separar la sustancia de la mera forma, en esta trascendente tarea de elegir el camino que se bifurca hacia la frustración o hacia la integral realización nacional.

## I N D I C E

|  | <i>Pág.</i> |
|--|-------------|
| <i>Prefacio</i> .....  | 5           |
| <i>Cuba o Argentina. Dos alternativas para un problema común: el subdesarrollo</i> ..... | 11          |
| <i>La lucha por la liberación nacional y nuestros "nacionalistas"</i> .....              | 63          |



Este libro se terminó de imprimir el  
15 de marzo de 1961 en los  
talleres COGTAL.  
Rivadavia 767.  
Bs. As.